

- CARLOS CLAVERÍA, *Temas de Unamuno*. Editorial Gredos, Madrid, 1953; 158 pp. (*Biblioteca Románica Hispánica*).
- S. SERRANO PONCELA, *El pensamiento de Unamuno*. Fondo de Cultura Económica, México, 1953; 265 pp. (*Breviarios*, núm. 76).

En los *Temas de Unamuno* recoge Clavería cinco artículos publicados antes en diferentes lugares. En el primero y más importante, "Unamuno y Carlyle" (pp. 9-58; publ. en *CuH*, núm. 10, pp. 51 ss.), demuestra que "hubo un contacto real, intenso e íntimo, de Unamuno con la obra de Carlyle" (p. 14) desde, aproximadamente, 1895, hasta principios del siglo xx, los años formativos del pensamiento de Unamuno. Este contacto influyó sin duda en algunas de sus ideas centrales: en su concepto de la eternidad como sustancia del tiempo (p. 22), en el concepto, uno con éste, de intrahistoria (pp. 21-22, 23, 34), en la idea de Vida-Sueño, Historia-Sueño de Dios, Criatura-Sueño de su creador (pp. 28-33), en su concepto del héroe, que ayuda al desarrollo de su quijotismo (pp. 34, 56). Influye Carlyle también en el estilo de Unamuno (en todo el cambio de estilo que va de concebir una obra en forma ovípara a concebirla vivíparamente): en su preocupación por la lengua hablada, la lengua popular y la creación de neologismos (pp. 14-21), en su manía por meterse dentro de sus novelas y manejar a sus personajes como si fuesen títeres de la titiritera de Maese Pedro (pp. 39-45), en su teoría del humor o mal humor (pp. 45-47) y en lo de hacer de la novela una *extravaganza on things in general* (pp. 49-56). Importante y utilísimo, este artículo ha servido ya y servirá aún para investigar ciertos aspectos de la formación del pensamiento de Unamuno.

"Unamuno y la enfermedad de Flaubert" (pp. 59-91; publ. en *HR*, 18, 1950, 42-62) es el segundo artículo. "Se trata aquí de la aversión que Gustave Flaubert tuvo a la tontería, a la estupidez humana", y de cómo de esta obsesión de Flaubert "sacó Unamuno elementos para mirarse por dentro y estudiar mucho de sus relaciones espirituales con el prójimo" (p. 61). Clavería relaciona esta preocupación flaubertiana de Unamuno con su insistencia en darle vueltas a lo olvidado de puro sabido, a la pe-rogrullada, con su afirmación del sentido propio frente al sentido común, con su uso y teoría de la paradoja (pp. 69-73), pero sin decirnos nada nuevo sobre estas y otras varias manifestaciones de la guerra que el yo de Unamuno llevaba a cabo con su mundo ambiente. Y éste es el verdadero "tema" de que aquí se trata, no "Flaubert", que no pasa de ser un punto de apoyo circunstancial (aunque continuo en la obra de Unamuno). Y aquí la diferencia fundamental entre la importancia de este artículo y la del primero: así como Carlyle ejerce sobre Unamuno una influencia real y formativa, Flaubert no es para él más que un escritor con el que coincide en una preocupación, un ejemplo de que se vale de vez en cuando. No creemos que Flaubert haya influido realmente en Unamuno: la obsesión de Unamuno por la "estupidez humana" —aparte de lo que tenga de personal— es un elemento generacional clave en los del 98 que tanto lucharon contra el marasmo y la abulia, productos del tranquilo "sentido común" español del xix. Así, pues, este artículo sobre Flaubert y Unamuno, aunque interesante, no se acerca a los últimos

fondos de la formación del pensamiento de Unamuno. Y tal vez no por culpa de Clavería, sino porque el "tema" Flaubert no da para más, aunque vaya asociado al gran tema "manía de desentrañar la perogrullada, o Unamuno despertador de conciencias". Flaubert no es para Unamuno más que un punto de apoyo, un ejemplo cómodo.

En "Sobre el tema de Caín en la obra de Unamuno" (pp. 93-122) demuestra Clavería que la preocupación por la envidia en sus varios aspectos —como problema nacional español, como problema personal, como oposición ciudad-campo, etc.— es constante en la obra de Unamuno, desde sus principios hasta el *Cancionero*, pasando, desde luego, por *Abel Sánchez*.

Meros apuntes parecen ser los dos últimos artículos, "Notas italianas en la «Estética» de Unamuno" (pp. 123-135) y "Don Miguel y la luna" (pp. 137-156). En el primero (publ. en el *Homenaje a Archer M. Huntington*, Wellesley, 1952, pp. 117-124) indica Clavería la importancia que pudo tener la *Estética* de Croce (que Unamuno prologó) para ayudar a Unamuno a liberarse de "la superstición de los géneros" (p. 127), y comenta sobre la muy tratada —aunque nunca a fondo— "congenialidad" de Unamuno con Leopardi y su estética (p. 133), sin aclarar en qué, verdaderamente, estriba esa congenialidad. Por ello, cuando termina Clavería con estas palabras: "El «leopardismo» de Unamuno excede con seguridad los límites de unos simples principios estéticos sobre los que él hiciera su poesía" (p. 135), sospechamos que este artículo no pretende ser más que una indicación, flecha que apunta hacia un tema quizá fecundo para los que se interesen en el problema de las influencias y "congenialidades" que ayudaron a Unamuno en la formación de sus ideas básicas.

Un apunte, esbozo de tema, parece ser también "Don Miguel y la luna", el último y menos consistente de los artículos. Sólo que, a diferencia del artículo anterior, en el que sí sabemos hacia dónde apunta la flecha lanzada por Clavería, en éste le toca al lector adivinarlo, ya que por lo que allí se nos dice apenas podemos sospechar que la luna tiene algo que ver con ese "eternismo" de Unamuno acerca del cual se nos habla tan somera y vagamente (p. 148, por ejemplo). La verdad es que la luna no pasa de ser símbolo de alguna vivencia profunda y, o nos sirve para llevarnos a ella o, una vez conocida la vivencia, nos sirve de ejemplo para aclarar su sentido. Clavería no hace con el símbolo "luna" ninguna de estas dos cosas.

Y aquí tocamos el fondo de por qué estos artículos, aun siendo tan útiles, e incluso interesantes, no acaban de dejarnos satisfechos: un "tema" tal como lo concibe y estudia Clavería no pasa de ser una pelota que va rebotando sobre distintas ideas y sentimientos; un ejemplo a propósito de una vivencia (la estupidez del sentido común: Flaubert; la envidia: Caín; el sentimiento eternizante: la luna). Y para cada vivencia puede haber —hay— en Unamuno varios "ejemplos". Sólo dado el cuadro de un verdadero "tema" de Unamuno adquieren sentido estos *Temas* de Clavería. Por ello el mejor de los artículos es el primero ("Unamuno y Carlyle"): aquí la pelota "ideas de Carlyle" va rebotando sobre varios aspectos de la obra de Unamuno ya estudiados más o menos a fondo; por ello "Don Miguel y la luna" es el más decepcionante: aquí la pelota re-

bota sobre un aspecto de la personalidad y la obra de Unamuno no estudiado aún a fondo.

En general, estos artículos de Clavería acumulan ejemplos ahí donde el pensamiento de Unamuno es bien conocido, pero no se sirven de los ejemplos para desentrañar aspectos de la obra de Unamuno aún no bien estudiados. Por ello decepcionan, aunque imaginemos, como en el caso de los dos últimos, que Clavería sólo quiso indicar direcciones. A pesar de esto, nos quedamos con "Unamuno y Carlyle" como uno de los ensayos más interesantes que se hayan escrito últimamente sobre Unamuno.

El pensamiento de Unamuno, por S. Serrano Poncela, es un tomito de divulgación. El autor, apoyándose siempre en pasajes bien escogidos —tanto de Unamuno como de las obras fundamentales que sobre él se han escrito—, nos habla con buen juicio del asistematismo de la obra de don Miguel, de la influencia de Pascal y Kierkegaard, de la agonía, del hambre de inmortalidad, del Dios creado, de la historia y la intrahistoria, del quijotismo como filosofía de vida... Y es interesante ver cómo el autor comenta, explica o glosa a Unamuno siempre desde una terminología estrictamente existencialista¹. Claro que ya otros autores han insistido sobre el existencialismo de Unamuno², pero nos gusta la naturalidad con que Serrano Poncela lo sitúa junto a los existencialismos de Jaspers y Marcel, Heidegger y Sartre, sin polemizar nunca sobre la mayor o menor excelencia del obstinado meditar de Unamuno. Sólo deseáramos que este libro, tan imparcial y modesto, cayese en manos de los que, fuera del mundo hispánico, todavía desconocen la vigencia del pensamiento de Unamuno dentro de lo más importante de la filosofía de nuestro tiempo³.

Quisiéramos advertir, sin embargo, que lo más interesante de este libro puede ser, al mismo tiempo, su más grave defecto: bien está ver a Unamuno desde el enfoque existencialista, pero debemos cuidarnos de que ello nos lleve a la creación de un Unamuno ajeno a sí mismo, un Unamuno hecho estatua en los moldes prefabricados de conceptos y lenguaje técnicos y ya abstractos.

CARLOS BLANCO AGUINAGA

Ohio State University.

¹ Varios de los apartados del libro van precedidos de una "breve expedición por territorios comunes al pensamiento existencialista" (p. 110), lo que permite al autor levantar un andamiaje de conceptos y vocabulario a la moda ("ser-para-la-muerte", "pensamiento comprometido", "vida auténtica" o "inauténtica", "mundo existencial", etc.) con el que reconstruye cuidadosamente el divagar pre-existencialista de Unamuno. Desde luego, pasajes bien escogidos, como este citado en la p. 110, le ayudan en su labor y justifican en cierto modo su esfuerzo: "¿Cómo un hombre que cree de veras en su propia existencia va a creer en su propia muerte, en su muerte existencial?"

² No he podido ver aún el artículo de J. M. AZAOLA, "Miguel de Unamuno et l'existencialisme", en *VInt*, 24 (1953), núm. 1.

³ Recordamos ahora una conversación con Maurice Merleau-Ponty, en México, 1949, en la que el inteligente discípulo de Sartre dijo no haber oído nombrar nunca a Unamuno.